

Encuentros y desencuentros. Las lecturas, las escuelas y sus comunidades rurales de Santa María Zoquitlán, Oaxaca, México

Roberto Pulido Ochoa
Carmen Ruiz Nakasone
Rigoberto González Nicolás

Colectivo de Investigación La lengua escrita, la alfabetización y el fomento de la lectura en educación básica. Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco-Dirección de Investigación¹.

En Santa María Zoquitlán, Oaxaca, no hay peluquerías de esas que acumulan revistas y que van pasando de mano en mano. Simplemente no hay peluquerías. Sólo el tío Che rasura en su patio; él nos cuenta, a medida que hace sonar sus tijeras, historias reales e imaginarias, historias del pasado, historias construidas con el paso del tiempo. A Santa María Zoquitlán el periódico sólo llega cuando han matado a alguien conocido. Mucha gente lee con gran dificultad. El catecismo del padre Ripalda se vende en serio en las tiendas, como cualquier otra mercancía. En los hogares siempre hay una pistola y una Biblia. Al presidente municipal le apena leer pero entiende la correspondencia del gobierno. Los niños y las niñas, ahora conocen los libros de la biblioteca de la escuela, y los jóvenes tienen que conocer la biblioteca municipal por las tareas del telebachillerato. Los maestros leen las copias fotostáticas sacados de libros (Profr. Adán, 24-09-99).

Esta mirada de un maestro rural que se asoma a los usos y quehaceres cotidianos con la lectura, nos aproxima a la diversidad (y por supuesto a la convivencia) de prácticas que coexisten en una comunidad rural localizada en una zona geográfica de transición entre el Istmo de Tehuantepec y valles centrales, en el estado de Oaxaca, México.

¹ Esta experiencia es producto del trabajo que estamos realizando en 14 comunidades zapotecas con maestros de primaria que trabajan en escuelas unitarias y de organización completa. Los maestros actualmente cursan el Diplomado de Fomento de Lectura en su zona escolar, nosotros vamos hasta su zona escolar a trabajar con ellos. Este Diplomado se inscribe en la estrategia de formar colectivos de maestros que hagan investigación desde sus escuelas.

Santa María Zoquitlán y las otras trece comunidades se levantan entre los matorrales de sus montañas y las arenas de sus ríos. Junto a su palacio de gobierno o agencia municipal, la iglesia con su campanario y la escuela con sus aulas y su cancha de basquetbol. Todas las veredas, callejones y caminos reales conducen a este espacio colmado de símbolos e imágenes que se superponen en la cotidianidad de estos pueblos hablantes de la lengua indígena prehispánica denominada zapoteco y el español.

Los acercamientos entre la escuela y la vida de sus comunidades se intensifican en determinadas etapas o períodos del año, específicamente en circunstancias cuando se requiere llenar documentos oficiales. ¿Pero qué ocurre más allá de estos encuentros? ¿Cómo se vinculan en lo cotidiano las prácticas de lectura y de escritura con el quehacer en las aulas? ¿Qué particularidades tienen las prácticas en comunidades que hablan el zapoteco como lengua materna y que se alfabetizan en español en escuelas con uno, dos o más maestros?

El quehacer con la lectura más allá de las aulas

Entre las cañadas y montañas en los que se asientan estos pueblos antiguos, los escenarios extraescolares en los que emergen y se desarrollan las prácticas de lectura y escritura son múltiples. Parecieran ser actos insospechados, hasta ajenos al quehacer que maestras y maestros realizan entre las paredes de adobe de las escuelas. Sin embargo, ahí están esos acontecimientos con la lengua escrita, se manifiestan cotidianamente y se insertan en contextos comunicativos relevantes por quienes se atreven a transitar por los senderos de la lengua escrita. Esas comunidades se han atrevido, unas más que otras, a fundar escenarios donde es posible expandir, interpretar y expresar a través de la palabra hablada lo que se

ha leído en documentos oficiales, convocatorias, contratos, etc.

¿Cuál es el inventario de esos escenarios no escolarizados y sus prácticas de lectura, construidos y recreados entre esos pueblos de origen zapoteca?

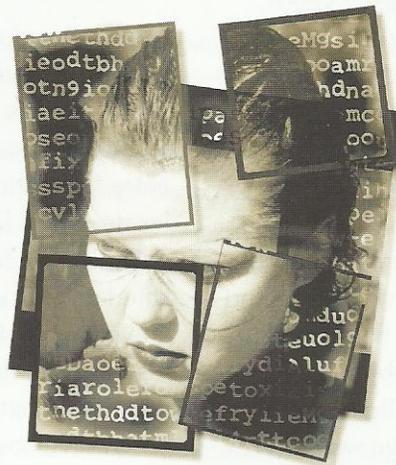
Los niños y las niñas de Las Casas, Cañada Guichá, Eoraguía, Potrero, El Gavilán y Candelaria Yegolé (las comunidades más distantes), comparan sus libros de la biblioteca de aula con los hermanos mayores, con los papás y las mamás, con los tíos, los abuelos. Borregos, chivos y vacas no quedan exentos de los libros y sus lecturas que estos pastores a veces recitan al aire libre, a veces en el silencio de los cerros salpicados de llanuras, donde frutas como la pitaya y la shuega se enseñorean entre los cactus y mezquites. En sus relatos, estos niños retratan las pláticas y los comentarios que esos textos generan en sus hogares.

“Los niños me cuentan en la escuela que a sus hermanos o papás les ha gustado el libro que se han llevado a casa, que siga prestando los libros” (Profra. Eleni, 24-09-99).

Las asambleas comunitarias son un buen escenario en los que se practica ese raro encanto de la lectura y la escritura, los señores, esos que ocupan una responsabilidad municipal por encargo de

todas y todos los ahí reunidos, se les encomienda la tarea de leer y redactar los imprescindibles documentos oficiales.

Las expresiones de esas prácticas de los otros pueblos son muy similares, sin embargo las relaciones son más intensas. Las pocas familias que participan en otras iglesias (denominados genéricamente por todos como evangelistas), se acercan permanentemente a la Biblia en el templo y en sus casas; los adultos y jóvenes católicos comparten los textos religiosos en la iglesia; muchos niños se inician en la aventura interminable de su alfabetización con un



catecismo entre sus manos, allí bajo las sombras que dan los almendros del atrio de la iglesia.

Las historias reales e imaginarias que se guardan en secreto entre los diarios de las niñas y niños, son a menudo compartidos con los familiares más cercanos; los recados son la doble vía de comunicación entre la escuela y los hogares, son el medio para justificar las inasistencias, para encargar materiales, para demostrar las inconformidades y consentimientos.

Los carteles contra el cólera, la convocatoria a la fiesta del santo patrón, los avisos de la Agencia Municipal, aguardan el paso de quienes caminan al lado de las bardas y postes que se levantan entre la hierba, la tierra suelta y las piedras. Las pocas tiendas anuncian la inevitable propaganda de la coca-cola, el pan Bimbo y los detergentes. El periódico circula ávidamente entre las manos callosas de las y los campesinos jóvenes y viejos, siempre y cuando se cite entre sus páginas los crímenes vinculados a la producción de la mariguana o la cocaína que a veces se cometen en la región. Los comerciantes, quienes viajan constantemente a la ciudad de Oaxaca por mercancía, son quienes se encargan de hacer circular esas noticias escritas. Las revistas que hablan de héroes deportivos, de las hazañas de los vaqueros en el lejanísimo e inexistente oeste y de las armas que habrá que renovar algún día, se constituyen en objetos de consumo de los jóvenes, algunos de ellos vinculados con la producción de la *yerba*. Algunas mujeres jóvenes consumen las revistas de esas que hablan de los sufridos personajes de telenovelas, de las modas, de los artistas de televisa, eso, el *canal de las estrellas*, de los objetos de belleza y del hogar. Las muchachas de la secundaria y del telebachillerato se animan a leer las pocas novelas existentes en la biblioteca municipal.

Si de escribir se trata, las diferencias entre uno y otro poblado no son lo que podríamos llamar, significativas. Hombres y mujeres toman de los morrales de sus hijos, lápiz y cuaderno para trazar palabras que se conjugarán en una carta. A pesar de la modernidad del único teléfono que existe en

Santa María y San Pedro, estas comunidades siguen prefiriendo escribir cartas a sus nietos, hijos, esposos, tíos, que alguna vez emigraron a otras partes del país y a los Estados Unidos. Las cartas son las prosas más extensas que circulan. El catálogo de textos breves está integrado por los recados, las listas para la tienda o para las compras en Oaxaca, las direcciones en los paquetes que se envían, los escritos de compra-venta de animales y del mezcal (la bebida que a todos nos embriaga), una que otra receta que nos habla de la riqueza gastronómica aderezado con poemas, canciones y versos del trovador, los avisos que anuncian los quehaceres con el centro de salud, con la escuela, con las autoridades municipales, con las iglesias, las actas y oficios de las asambleas.

“Pocos padres practican la lectura con sus hijos y esto se refleja en el salón” (Profesora Norma, 24-09-99).

A los niños no se les aparta de esos encuentros que jóvenes y adultos experimentan con el alfabeto. Las historietas las comparten los hermanos mayores, no faltará la maestra o el maestro que las descubra entre las pláticas de los mesabancos o en los morrales de útiles; las cartas se leen y se escriben cerca del calor del fogón, aquí nunca se convoca a la soledad; las cuentas de la venta del mezcal se hacen en voz alta... Estas y otras experiencias socializan a los niños de la montaña, los coloca en la posibilidad de alfabetizarse en un idioma que han escuchado en diversos escenarios. Así llegan estos niños a la escuela, con un atadito de saberes construidos en la interacción con los materiales escritos, saberes aprendidos en los intercambios que han tenido en sus respectivas comunidades.

Esta mirada que se acerca a las interacciones del saber hacer con la palabra escrita, nos ha colocado en un lugar diferente desde donde es posible leer entrelíneas las expectativas compartidas por muchos maestros.

“La Feria de los Libros estuvo más buena que la Fiesta del Pueblo” (Señora Margarita, Santa María Zoquitlán, 20-09-99).

Escuela y comunidad se reencuentran en un espacio que hemos denominado La Feria de los Libros y de la Lectura. Entre las arenas traídas desde el río *Quiéchapa*, los campesinos de las catorce comunidades se dan a la tarea de construir un escenario, más que físico, de lo que serán dos días de fiesta con las palabras que ya están escritas y las que aparecerán en los talleres inventados por maestras y maestros de toda la zona escolar. La Feria se convierte en un acontecimiento que asombrará a los hombres y mujeres de la sierra zapoteca. Un evento inusitado y a la vez didáctico, a los ojos de las y los maestros: estos hombres y mujeres hechos en la rudeza del trabajo del campo son capaces de hacerse de un libro, una revista, una historieta, tenerlos entre sus manos y usarlos, como cuando se usa un metate, un azadón, un machete o un cuerno de chivo. Maestras y maestros aprenden que la lectura y las historias que se cuentan (sea que éstas tengan su origen en los libros o en la tradición oral, o que sean una mezcla de ambos), no son actos ajenos a la cotidianidad de estos pueblos agricultores, que sobreviven a la dura jornada del día, para que al cobijo de las estrellas puedan reunirse con los suyos a leer y/o contar historias.



“Y la Feria llegó”

Los niños, niñas, hombres y mujeres fueron invitados a participar en la Feria de la Lectura y el Libro. Los niños se imaginaban que a la Feria llegarían los juegos mecánicos, los caballitos, la rueda de la fortuna, los volantines. Juan pensaba que lo primero que haría al llegar a la feria sería tomarse su esquimo de chocolate, claro después de haberse puesto su ropa nueva como lo marcaba la tradición del lugar.

Los maestros reinventan los trámites administrativos para organizar la Feria desde tres meses antes, hablaron con la autoridad educativa y les dijeron

que sí, hablaron con los comités de padres de familia y con las autoridades ejidales de todas las comunidades, y también les dijeron que sí. Cada comunidad discutió las formas en que participarían: unos se propusieron para la limpieza del lugar, otros para el cuidado de los libros, otros para sembrar ramas y palmas que protegerían a los libros y a sus libreros, otras cocinarían para los mil cien niños que llegarían a Santa María, las autoridades municipales anfitrionas regalarían una vaca y varios chivos para la comida de todos los visitantes. En suma, fiesta y tequio, sí la mismísima forma de solidaridad entre los pueblos indígenas, se vuelven sinónimos.

En las aulas y en las asambleas se hablaba de la Feria y sus preparativos: cómo transportarse desde sus lugares lejanos, si se podría cruzar el río, si llovería para esas fechas, cuánto dinero podrían juntar para comprar libros, si llevar o no los tomates en los que se pasarían las noches, en qué talleres participar, si participarían “El totopo” y “Galvarina” los cuentacuentos, si

asistirían los títeres. Juan pensaba en el reencuentro con su amiga de la comunidad de Cañada Guichá y poder platicarle cómo iba su segunda novela y sobre todo leerle los poemas escritos para ella.

Conforme se acercaba la fecha, los niños y niñas platicaban más de los libros, de los cuentacuentos y de los distintos talleres que preparaban para ellos. Los maestros y maestras se reunían por equipos para preparar su taller y la gran cantidad de tareas pendientes: los adornos para el salón de clases y para la escuela, los permisos para sus alumnos, el transporte que los llevaría para el pueblo de Zoquitlán, la organización de las mamás y los papás que los acompañarían, etc. Los maestros y maestras se preguntaban: ¿saldrá bien la feria? ¿comprarán libros? ¿alcanzará la comida para todos los niños? Erangelio, el hiperactivo supervisor, iba y venía de Oaxaca a Santa María Zoquitán, acarreando libros, estantes, tarimas, vasos, platos, materiales, etc., organizaba reuniones con los representantes de las

comunidades para organizar las comisiones y definir las funciones que realizarían. Erangelio pensaba que sin el trabajo comunal no sería posible la realización de la feria, ya que era una empresa que requería de la colaboración de todos. Y así fue, todos participaron.

Y la Banda de Música de los adolescentes de Río Seco anunció el comienzo de la fiesta, las notas de *Amadís de Anís* (ese mero, el libro del Fondo de Cultura Económica) se esparcieron entre el murmullo de los niños, niñas, hombres y mujeres zapotecas. Los niños corrieron, los pájaros zanates levantaron el vuelo, los maestros dibujaron y adornaron, los hombres se atarearon, las mujeres cocinaron, todo era un ir y venir de personas, todo este alboroto significaba la fiesta de los libros y de la lectura. Afuera, en la explanada, la alegría había comenzado, los acordes de la banda de música inundaban los cerros, los ríos y el cielo azul de Santa María. Totopo y Galvarina hacían lo suyo, los niños ejercían su derecho a leer y escribir en el taller en el que estarían a gusto, los abuelos, las abuelas, los padres y las madres también platicarían, escribirían y leerían en los talleres. Mientras eso sucedía nadie se dio cuenta que de uno de los libros del *Fondo* salieron los famosísimos *Casi bandidos* para intentar robarse la alegría de la feria. Pero los niños que ya los conocían, los asustaron como ellos lo saben hacer, jugando, y jugando a ser topiles, los guardianes del orden en sus comunidades, porque como todos sabemos los *casibandidos* sólo eran unos simples bandidos indefensos, que al término del juego gritaron: “si quieren saber más de nosotros atrévanse a meterse entre las páginas de nuestro libro”. 

Diálogo del Conocimiento

La experiencia de los maestros de México se centra en la divulgación de la lectura y la escritura como acciones que tocan la cotidianidad de los seres humanos y los grupos sociales que desean conocer y acceder al mundo infinito de la imaginación y del conocimiento. Estas acciones son promovidas por colectivos de docentes que rompen con los mitos de una escuela enmarcada en unos muros materiales y lingüísticos. Ellos fortalecen la idea de una escuela abierta al diálogo y al rescate de la identidad desde el acercamiento de unas historias orales producidas por los diferentes actores de las comunidades rurales “**Escuelas y comunidades rurales de Santa María de Zoquián, Oaxaca, México**”, donde el libro es el **pretexto** para hacer amar el arte de la lectura y la escritura.

Cabe destacar como para un colectivo de docentes la pobreza no es obstáculo, o la disculpa para no recurrir a diversas formas de la enseñanza, si no por el contrario es ella la fuerza para redescubrir en conjunto “**sentidos de vida**”.

Se reconoce cómo la lectura y la escritura trasciende en los seres humanos, generando proyecciones propias, ricas en conocimiento y sabiduría que promueven luchas sutiles por una libertad que rompe las cadenas que pretenden limitar sus existencias.

Al leer esta experiencia encuentra uno cómo el maestro desde el reconocimiento y valoración de si mismo y del otro puede llegar a espacios no imaginados replanteando lo que es el saber leer y escribir.

Sería interesante conocer en qué momentos se reúnen los maestros para discutir sobre el actuar pedagógico, cómo y cuándo imaginan nuevas propuestas y actividades y qué dificultades se han presentado en la conformación del colectivo.

María Isabel Santos Casas

Docente IED Nueva Colombia
rualba@hotmail.com